

## ARTÍCULO DE OPINIÓN

### **La Encíclica Papal “Magnifica Humanitas” y el Tecnofeudalismo. Una lectura crítica desde la Doctrina Social de la Iglesia.**



**Dr. Gorki Aguirre.**

La primera encíclica de León XIV, Magnifica Humanitas, firmada el 15 de mayo de 2026 y publicada el 25 del mismo mes, no es un mero documento de circunstancia. Es, ante todo, una carta de navegación para una humanidad que, una vez más, se encuentra ante la encrucijada de levantar una nueva torre de Babel o edificar la ciudad donde Dios y el hombre habitan juntos. El Papa, licenciado en Matemáticas, no se limita a una advertencia pastoral: interpela con la lucidez de quien conoce desde dentro el lenguaje de los algoritmos y la arquitectura de los sistemas digitales. Su diagnóstico es severo, pero nunca desesperanzado; su propuesta, exigente, pero nada ingenua. León XIV sitúa su reflexión en continuidad con la tradición de la Doctrina Social de la Iglesia, desde “Rerum Novarum” (1891) hasta “Laudato Si” (2015). Sin embargo, advierte que la inteligencia artificial no es un apéndice temático, sino una transformación que interpela desde dentro las categorías del magisterio social. No se trata de una “modernización” más, sino de un cambio de época en el que las tecnologías no esperan órdenes políticas: organizan previamente el escenario en que creemos decidir libremente. El Pontífice describe con precisión quirúrgica un nuevo esquema mundial en el que “quien controla la IA impondrá su propia visión moral, que se convertirá en la infraestructura invisible de los sistemas”. Pequeños grupos muy influyentes pueden orientar informaciones y consumos, condicionar procesos democráticos e incidir en las dinámicas económicas en beneficio propio, contradiciendo la justicia social y la solidaridad entre los pueblos. Esta no es retórica apocalíptica: es la constatación de que el poder tecnológico ha dejado de ser una herramienta para convertirse en un ambiente en el que estamos inmersos.

Nace la crítica sutil ante el apareamiento del tecnofeudalismo, siendo que, es donde la encíclica adquiere una relevancia que trasciende el ámbito estrictamente eclesial. El Papa no utiliza el término “tecnofeudalismo”, pero describe con asombrosa fidelidad sus mecanismos. El tecnofeudalismo (ese paradigma en el que las plataformas digitales actúan como señores feudales que extraen renta de los datos de sus “súbditos”) encuentra en “Magnifica Humanitas” una crítica implícita pero implacable. Cuando León XIV advierte que la tecnología “no es moralmente neutra” y que es necesario “desarmar la IA”, no está proponiendo un ludismo reaccionario. “Desarmar (escribe) quiere decir romper esta equivalencia entre poder tecnológico y derecho a gobernar. Desarmar no significa renunciar a la tecnología, sino impedirle el dominio sobre lo humano. Significa sustraerla a los monopolios, hacerla discutible, refutable, y por tanto habitable”. Esta es, quizá, una de las formulaciones más agudas del documento: la IA debe ser liberada de las lógicas que la convierten en instrumento de dominación, exclusión y muerte. La



crítica se extiende a la mercantilización del ser humano. El Papa denuncia las "nuevas esclavitudes" generadas por la economía digital, las condiciones de trabajo ocultas detrás de nuestros dispositivos, y los mecanismos que se aprovechan de la manipulación. En un mundo donde la atención humana se ha convertido en la materia prima de un capitalismo de plataformas, la encíclica recuerda que "la carne humana sigue pidiendo ser cuidada y reconocida por manos capaces de ternura".

La encíclica estructura su propuesta en torno a los pilares de la resistencia, convertidos en tres ejes fundamentales: la verdad como bien común, la dignidad del trabajo y la custodia de la libertad frente a la dependencia. En cada uno de ellos, la respuesta al tecnofeudalismo es clara pero nunca estridente. Sobre la verdad, León XIV alerta que las mismas tecnologías que facilitan la comunicación pueden sustentar modelos que explotan a los más vulnerables y transforman el conflicto en oportunidad de lucro. La "ecología de la comunicación" que propone no es un romanticismo pretecnológico, sino un llamado a recuperar el espacio público como ámbito de deliberación genuina, no como suma de microclimas emocionales diseñados por algoritmos. En materia laboral, el documento insiste en que la economía debe valorar la dignidad humana por encima de la eficiencia algorítmica. El problema del desempleo tecnológico no puede resolverse con discursos sobre la "resiliencia" o la "reconversión": exige una reorganización económica que sitúe a la persona en el centro, no como variable ajustable, sino como fin último. La libertad, finalmente, aparece como el bien más amenazado. No la libertad formal de elegir entre opciones prediseñadas, sino la libertad sustantiva de construir proyectos de vida dignos. El Papa advierte que las dependencias digitales, la adicción a las pantallas, la mercantilización de los datos, el control social algorítmico, constituyen nuevas cadenas que deben ser rotas.

Quizá uno de los aspectos más audaces de la encíclica sea su dimensión geopolítica, convertida en una diplomacia del bien común. León XIV no se limita a la ética individual: interpela directamente a los Estados y al multilateralismo. Reivindica el papel de la ONU y las organizaciones internacionales, y llama a regular la tecnología y la propiedad de los datos. En un momento de crisis del multilateralismo y de resurgimiento de un "supuesto realismo político" basado en la fuerza bruta, el Papa propone un "sano realismo" fundado en el derecho internacional y la diplomacia. Su comparación de la IA con la energía nuclear es elocuente: "Al igual que la energía nuclear, debe estar al servicio de todos y del bien común". Esta no es una metáfora retórica, sino una propuesta concreta de gobernanza tecnológica que desafía la lógica de la competencia armamentística (hoy ya no solo militar, sino económica y cognitiva) que domina el escenario global.

Magnífica Humanitas cierra con una invitación que resume todo el espíritu del documento, a lo que lo podríamos llamar la grandeza de lo humano: "No temamos ensuciarnos las manos en la obra de nuestro tiempo". El Papa no ofrece consuelos fáciles ni utopías tecnológicas. Propone, en cambio, una antropología de la limitación: aceptar el límite humano no como defecto, sino como condición de la verdadera grandeza. La fragilidad, la carne, la proximidad, el cuidado mutuo: estos son los criterios para evaluar los modelos antropológicos que la cultura digital propone. Frente al tecnofeudalismo, que promete eficiencia a cambio de sumisión algorítmica, la encíclica ofrece una visión alternativa: la civilización del amor. No como utopía ingenua, sino como posibilidad real, fundada en la convicción de que "buscar juntos el bien de todos, en la corresponsabilidad y en la fraternidad, no es una utopía, sino una posibilidad real". En última instancia, León XIV nos recuerda que la tecnología, por muy sofisticada que sea, no puede sustituir el valor irreplicable de cada ser humano. La verdadera revolución no será la de los

algoritmos, sino la de los corazones dispuestos a amar hasta el desprecio de sí, construyendo no otra torre de Babel, sino la ciudad donde Dios y el hombre habitan juntos.

**Autoría:**

**Dr. Gorki Dimitrov Aguirre Torres PhD.**  
**Director Instituto Internacional de Ciencias Políticas**  
**ICPI-UTEG.**

**Fuente:** (“Magnifica Humanitas” Santa Sede, 2026)



**INSTITUTO INTERNACIONAL  
DE CIENCIAS POLÍTICAS**

